

faro. Dásele un nombre sumamente desagradable: "La Sarnosa," probablemente á causa de la formacion peculiar de la roca. Un soldado inválido y viejo vejeta en este lugarcillo.

Presto se desvaneció de nuestra vista la punta extrema de la isla; y llenos de gozo, dirigimos nuestro curso hácia nuestra amada patria.

## CAPITULO XII.

DOS DIAS EN EL BOCHE DI CATTARO.

—o—

Muy temprano, por la mañana, me puse la ropa violentamente, y subí el primero á la cubierta. Sobla el ambiente fresco y saludable de mi adorada Austria, á la que volvia á ver despues de mi regreso por primera vez; esto fortaleció mis miembros; y lleno de placer, contemplé la salida del sol sobre las montañas azul oscuro de Dalmacia. Una niebla suave y lijera descansaba sobre las tranquilas aguas, y daba un tinte rosado á las estrellas; pero pronto se disiparon los vapores, y grande y magestuoso se levantó el sol ante mis ojos agradecidos. La luz nueva daba color y vida á

las melancólicas montañas; las rocas, los bosques y las pequeñas y solitarias aldeas se presentaban á la vista, la que se fijaba con encanto en ese lugar tan semejante á nuestros lares. Pronto subieron mis compañeros de viaje, y nos saludamos con placer mutuo en las aguas austriacas. Parecíame un buen agüero el que, precisamente al avistar nuestra tierra natal, el sol brillase saludándonos con tanta claridad y esplendor.

Almorzamos sobre cubierta alegremente, y en medio de la conversacion mas animada, llegamos á la entrada del famoso Bocche de Cattaro. Por entre un canal bastante angosto pasamos el primer estrecho de mar. La impresion que causa es enteramente igual á la de una laguna tranquila. Se olvida uno del gran Océano atras, y se enagena uno de gozo con el espectáculo del hermoso paisaje. Aquí no se encuentran ya las desnudas rocas y las amarillosas llanuras de la Grecia, sino la vida alegre y llena de frescura, y una civilizacion positiva y próspera. No vimos más esos lugares salvajes y despoblados; las casas se destacaban de entre los exuberantes bosques, y de su buen estado, es fácil percibir que están bajo el cetro austriaco. Y sin embargo, el estado de incivilizacion de Grecia tiene sus encantos peculiares. El brillante paisaje bajo ese cielo meri-

dional, y las desnudas y sonrosadas montañas á orillas del azulado y espumoso mar de Lepanto — ¡vaya un contrastel! — Hacia el interior del país, se elevan unos cerros peñascosos, con unos contornos en el extremo pintorescos; los que, aunque son estériles en las regiones mas altas, sin embargo, tienen el sello de las capas geológicas del Norte. Hacia el mar, la cordillera es de una configuracion baja y redonda, por cierto no muy hermosa. En su mayor parte, está cubierta enteramente de arrayanes. En las playas, encuéntranse frescas y verdes viñas, con unas cuantas quintas de campo al estilo italiano.

Dos puntos, en particular, llaman la atencion — la pequeña poblacion de Castelnuovo, pintorescamente situada con sus fortines cuadrados, y el convento griego Sabina, edificado al estilo bizantino, un lugar que relucia entre una vegetacion exuberante. Nuestro buque ancló junto al hospital de Castelnuovo, el que se halla á distancia de legua y media de la ciudad, cerca y abajo del convento, á orillas del mar.

Despues de habernos vestido, desembarcamos, y pisamos de nuevo, con placer, y despues de tantas aventuras, la cara tierra firme de Austria.

Nuestro primer punto fué el convento, que ya habia despertado nuestra curiosidad en el buque.

¡Cuán agradablemente nos sorprendimos al encontrar el encino alemán (*quercus germanica*), junto al exuberante laurel bajo cuya sombra nos refrescamos! También vimos prados—frescos y verdes prados—después de tanto tiempo: ¡qué placer! En estos prados crecían grandes naranjos, en los cuales se enredaba la yedra del Norte. Era un lugarcillo tranquilo y hermoso, que estaba precisamente frente á la puerta del convento; la mezola más encantadora de la hermosura del Norte con el fuego del Sur.

Los ardientes rayos del sol estaban mitigados por la sombra de las hojas del encino y reducidos á una sombra agradable. Aquí y allí, el cielo azul oscuro se veía por entre el ramaje; y además una alfombra de musgo suave y afelpada. Un soberbio ciprés elevaba su cresta en el éter purísimo, y junto de él, cerca de una muralla antigua, se bamboleaba un naranjo cubierto de fruta. Sus ramas servían como de apoyo á la uva, mientras que, cerca de ellas las relucientes granadas, de una manera juguetona, inclinaban sus tiernos y flexibles tallos. Al pié del ligero declive, teníamos un hermoso paisaje del tranquilo y cristalino mar. Pasamos por un arco de piedra á un patio en forma de terrado. En este lugar estaba una iglesia pequeña y otra grande, lo mismo que el convento.

Mediante la intercesión de nuestro amable capitán, nos permitieron la entrada á las iglesias, y dos ancianos monjes griegos nos condujeron por ellas. Uno de estos hombres, ya avanzado de edad, con una barba larga y blanca, hablaba un mal italiano, de suerte que le podíamos comprender bastante bien.

En el interior de la casa de Dios, de acuerdo con las costumbres griegas, se halla colocado, frente el altar, un biombo de palo ricamente dorado, y en el cual hay pinturas simbólicas. Todas las cabezas de Cristo y de la Virgen, tienen las facciones largas y orientales, no muy atractivas. Especialmente hallamos representado allí á San Jorge con armadura, y varios otros santos. Unos cuantos de estos cuadros no están faltos de valer artístico. Colgaban del techo ricos candiles de plata, huevos de avestruz; y al rededor, decoraciones hechas de lana, de oro, y listones de colores. Cuando pregunté al monje con asombro que quería decir todo esto, me contestó que cada capitán de embarcación, al botar á la agua un buque nuevo, cuelga en la iglesia uno de estos ornamentos, que no tienen ningún gusto.

En la capillita, que fué lo primero que se edificó en este lugar, se encuentran los hermosísimos donativos piadosos, entre los cuales notamos,

en particular, una cruz divinamente esculpida, y varias pinturas adornadas con joyas preciosas. El interior del convento, que solo consiste de unos cuantos cuartos; es pequeño y está edificado con un estilo pobre. En el refectorio habia colgadas unas cuantas malas pinturas al óleo de unas testas coronadas de Rusia.

Nos despedimos del buen anciano que nos habia llevado por todo este lugar sagrado, y emprendimos camino, por entre la cerca de encinas á Castelnuevo. Miétras tanto, nos llamó la atención una capilla en una altura, que estaba enteramente cubierta de magueyes.

Aquí teníamos una vista sumamente estensa. A nuestros piés estaba el mar; los cerros, cubiertos de mirto, brillaban como plata contra el horizonte azul; y por entre estos, interceptados por elevados peñascos, el infinito Océano estaba visible. De un lado veíamos las murallas de Castelnuevo, cubiertas de yedra. No lejos de estas; y del lado opuesto, se hallan los dominios turcos, y la restante "Boche," en cuyas playas yacian esparcidas las quintas de campo mas encantadoras. Todo esto está abovedado por el celage azul y esplendoroso, é iluminado por el ardiente sol. Al volverse, la perspectiva era igualmente grandiosa, pero mas triste; grupos de rocas, que parecian

tocar al cielo, como si es tuvieran cortadas distintamente, en la oscura y tempestuosa atmósfera. Solo unas cuantas casas descansaban sobre la muralla de piedra, rodeada de negros cipreses. El conjunto era como una fantasma; sin embargo, atraia la vista con un poder misterioso. Estas grandes murallas de montañas, elevándose hasta las aubes, ocultaban la playa encantadora de Boche. La perspectiva elevada; por un lado, halagando con sus encantos meridionales; y por el otro, causando compasion su altiva desolacion; de suerte que dije á mis compañeros de viaje: "este lugar me fascina; quisiera erigir aquí una quinta al estilo veneciano, desde cuyas ventanas, balcones y terrazas, pudiésemos gozar de una vista esplendorosa." Esta proposicion fué recibida unánimemente con entusiasmo.

Al viajar, encuentra uno tantos lugares adonde exclama con ardorosa admiracion: "Aquí levantémos tabernáculos!" Y mucho tendríamos que hacer si siempre pudiésemos llevar adelante estos deseos íntimos.

El encanto principal de este vecindario, está formado por la feliz union del fenómeno variado de la naturaleza—grandes mares, tranquilos lagos; la mistura de la vegetacion del Norte con la

del Sur: la palma y el encino, la sesgada montaña y las ásperas rocas.

Por entre viñas y florestas, ya subiendo, ya bajando, llegamos al fin á la fortaleza de Spaniol, que corona á Castelnuovo. En sus cercanías vimos una casa abandonada, sin techo, y en sus paredes habia crecido la yedra de una manera exuberante, de suerte que la casa se parecia á una de esas cercas francesas de árboles cortados á tijera.

Allí cerca, en el camino, estaba sentada una anciana con aspecto como de bruja. Nos pidió limosna. Cuando la vimos mas de cerca, encontramos que tenia toda la cara pintada con unas cruces pequeñas; nos aseguró que un padre la habia marcado de esta manera. Tal vez fué con el fin de proteger á esta pobre mujer de la supersticion de la gente, la que se encuentra aún muy atrasada en esta parte de Dalmacia; es posible que esta vieja sea el espíritu maligno que ronda el edificio en ruinas cubierto de yedra.

El sol brillaba sobre el castillo con un calor sofocante; la vista de los soldados austriacos, que por tanto tiempo nos habia sido negada, nos llenó de gozo. Los uniformes blancos se ven muy bien por todas partes; en las profundidades del Sur, como en las alturas del Norte.

Vimos las diversas partes de la fortaleza, que fueron erigidas bajo Carlos V., despues de que el emperador hubo tomado la pequeña ciudad de Castelnuovo á los venecianos. Las torres, en los cuatro ángulos, están perfectamente fortificadas; en una de estas, existe una cisterna muy bien construida. Sobre la puerta de entrada hay una inscripcion turca hermosamente esculpida, puesta allí por los mahometanos cuando arrancaron la fortaleza á los españoles.

A la entrada de la poblacion hay un espacio abierto, que segun dice la tradicion, era el lugar destinado al encuentro para el combate singular entre españoles y musulmanes. La ciudad es pobre y chica, con unas callesitas angostas y de subida hácia el fin de ella; sin embargo, hácia el mar, hay una fortaleza formidable, fabricada con una piedra arenosa y blanda: igualmente la visitamos. Desde todos estos puntos, gozamos de una perspectiva hermosísima. La parte interior de la ciudad está rodeada de una muralla alta, en la que hay una puerta de entrada sumamente escarpada; por encima de ésta inclinada y mal enlosada entrada, dícese que saltó un bay á caballo y á todo galope. Apénas es creible esto: aunque el turco que á pié es torpe, es diestro y atrevido cuando se halla montado en esos caballos

MAXIMILIANO. —23.

salvajes del desierto. Enseñáseles igualmente á los viajeros un lugar pintado de colorado en la muralla de la ciudad, adonde exhibieron los musulmanes las cabezas ensangrentadas de los cristianos á la gente horrorizada.

Abandonamos la ciudad casi deshaciéndonos de calor, y regresamos por las refrescantes florestas y camino mas abajo por las murallas del convento, las que nos eran ya tan caras hasta el hospital. Parecia muy hermoso en la tranquila tarde; la tierra, el mar y la atmósfera, descansaban de su vida creativa del dia. Otro tanto hicimos nosotros.

Volvimos al buque, y refrescamos nuestros cansados cuerpos con la comida, servida sobre cubierta. Despues de la comida, se sucedió una discusión sobre política, que tuvo despierto á parte de nuestro séquito hasta las once de la noche.

Al dia siguiente, y muy temprano, se puso en movimiento nuestro vapor, con el fin de que visitásemos las partes restantes del Bocche. Apenas hubimos perdido de vista á la bahía, en la que está el convento y el hospital, cuando un nuevo lago, formado por el mar, se tendió á nuestra vista. Era ménos hermoso, pero tal vez mas encantador y agradable que los otros. Las montañas que le rodean están formadas con ménos

aspereza, y tienen una vegetacion y un cultivo mas exuberante. Fructíferos bosques de olivos y ricas viñas, variadas por alegres praderas, cubren la playa, que gradualmente se eleva. Esta parte encierra en sí mas bien las cualidades de un paisaje rural, y hace contraste con el Bocche, adonde el mar se angosta hasta formar un canal, cercado de rocas. La atmósfera blanda se pone fria, é intensa; se imagina uno que se ha descarriado en un laberinto peñascoso que no tiene salida. Repentinamente se ensancha la escarpada playa; y se encuentra uno en una agua mansa y sombría que se asemeja á un lejano lago en la montaña. Las desnudas y ásperas rocas se reflejan en las profundas y azuladas aguas.

Frente á la entrada hay un bonito pueblo. El ojo vaga con placer en este lugar alegre; colocado sobre la muralla de piedra, es como un precioso nidito en un panteon solemne. Dos isitas, que contienen iglesias, descansan en el espejo azul. El repique dominical de las campanas nos saludó con una solemnidad cristiana, y como que tambien deseábamos oír misa, paramos el buque; nos sentamos en un bote y nos dirigimos á este lugar, llamado Perasto.

Esta ciudad fué erigida por los venecianos, y en miniatura le hace á uno acordarse de la capi-